

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM 80

29 AGOSTO
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



¿QUÉ VA A SER?

¡AFEITARNOS LAS BARBAS A TODOS!

El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

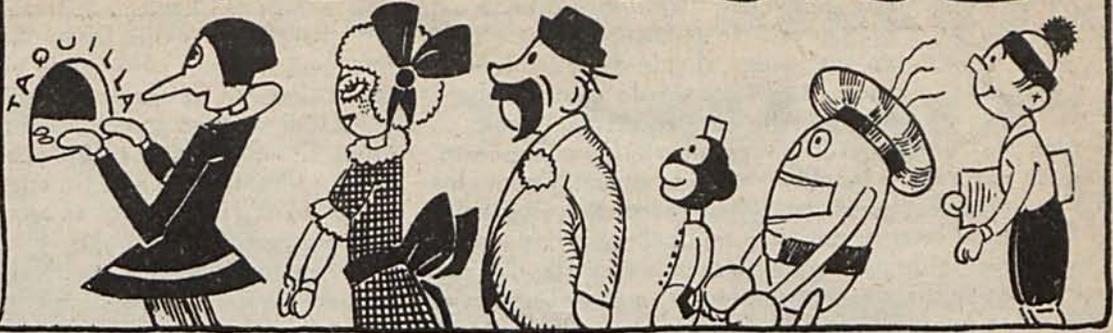


PROGRAMA
PARA HOY

LA
BATALLA

Sensacional!

GRAN CINE



Por el río Amazonas navegaba velozmente una gasolinera, que llevaba en la popa el nombre de *Rayo de Sol*, dejando tras sí en las aguas oscuras y cenagosas dos estelas blancas de espuma.

El *Rayo de Sol* llevaba a bordo a los tres infatigables compañeros Dick, Dan y Darkie. Dick, el muchacho inglés alto y bien parecido, iba en el timón. Darkie, el genial y gigantesco negro, iba tumbado en la popa con el salacot calado sobre su cara negra y reluciente.

Dan, pequeño y rechoncho, hacía de maquinista. Con un pedazo de borra en una mano y una lata de aceite en la otra se echó hacia atrás y contempló con cierto orgullo la máquina.

—¡La he dejado como nueva, Dick! Y Dan al decir esto arrojó la borra empapada en aceite a la popa, y al ir a hacer lo mismo con la lata de aceite un grito sofocado de Darkie le detuvo. La borra había caído dentro de la boca del negro, el cual escupiendo y haciendo aspavientos se levantó tan aprisa que por un milagro no hizo volcar el bote.

—¿Crees que soy el cajón de la basura, o que necesito que me engrases? —rugió indignado.

—Es que vi una cavidad tan grande en la popa que no me figuré que era la boca tuya que estaba abierta —respondió Dan disimulando la risa.

—Callaos un momento y escuchad—interrumpió Dick. Los tres compañeros escucharon, y traído por la ligera brisa llegó hasta ellos un débil sonido de gritos y alaridos. Estos se hacían más claros según iban andando, hasta que sacaron en consecuencia que no lejos de ellos se libraba una batalla entre los indígenas.

—Supongo que no querréis que vayamos a meternos en la refriega —dijo Darkie—, porque no estoy de humor hoy para pelear con salvajes.

A ninguno de los tres se le ocurrió que la batalla pudiera tener lugar en el mismo río; por lo tanto, quedaron muy sorprendidos cuando al volver un recodo vieron más de una docena de canoas que corrían por el agua. Cada una de ellas llevaba diez o doce negros armados con lanzas, cachiporras y escudos, pues estaban sosteniendo una fiera batalla.

—¡Para la máquina, Dan! —recomendó Dick—. No es cosa de meternos ahí ni tampoco podemos dar la vuelta en este sitio, que es un canal muy estrecho. Acerquémonos a la orilla valiéndonos del remo, no sea que encallemos en el lodo.

Dan corrió a levantar una palanca; pero la máquina, lejos de parar, siguió funcionando, y vieron con sorpresa que el bote seguía navegando con la misma velocidad hacia la escena del *combate naval*.

—¡Corta el gas si no puedes hacer otra cosa, hombre! —gritó Dick.

—¡No encuentro la llave! —gritó Dan metiendo la mano en la caja de la máquina—, y no sé cómo pararla.

—¡No importa! —gritó el negro—; nos meteremos en la refriega para dar unos cuantos puñetazos. —¡Jó, jó, jó...!; ¡aplazad un poco la batalla, pájaros negros!

El ruido de la marcha que llevaba y las estentóreas voces de Darkie hicieron que los indígenas se volvieran todos a mirar a los tres camaradas. Y mientras la gasolinera pasaba por entre las canoas eludiendo una y otra, a veces sólo por el espesor de un cabello, varios de los salvajes se esforzaron por llevar sus canoas hacia la orilla.

Y cuando ya los tres compañeros se congratulaban de haber pasado sin contratiempo alguno por entre los guerreros, una enorme canoa vino a chocar contra la proa de la gasolinera, sin que Dan pudiera evitar la colisión.

Oyóse el crujido de la madera que se hacía pedazos al mismo tiempo que una gritería enorme de los salvajes que la tripulaban. La proa del bote había chocado con tal fuerza contra uno de los costados de la canoa, que el golpe hizo caer a los tres camaradas. Levantáronse éstos rápidamente y echaron mano de los rifles, temiendo que los indígenas los atacaran

por haberse entrometido en la lucha; pero viendo que los indios no se ocupaban de ellos, Dan dirigió el bote hacia la orilla, y al hacerlo así produjo el choque de la canoa averiada contra otra; los de la canoa destrozada dirigiéronse a la orilla todo lo aprisa que pudieron.

Pero la resistencia de dos canoas contra la proa del bote fué ya demasiado para el motor, que se paró dando un estallido.

Después de esto aún duró la batalla algunos minutos; hasta que súbitamente los combatientes que habían perdido dos canoas volvieron las espaldas y empezaron a remar río arriba, seguidos por los triunfantes gritos y aullidos de los vencedores.

Y ahora Dick, Dan y Darkie hallábanse perplejos pensando la suerte que correrían, pues para huir de los indios no tenían más escape que echarse al agua, y no querían correr el riesgo de ser devorados por los cocodrilos. Pero con gran asombro suyo saltó dentro del bote el jefe de los vencedores desarmado y mostrando señales de amistad; llamábase Kaandi, y era un negrazo enorme, todo embadurnado de pintura; de vestido llevaba poco más que la pintura.

Cuando se hubieron repuesto de la sorpresa, Dick, que hablaba el dialecto de la región, sostuvo una conversación con el jefe y se enteró de que Kaandi estaba

EN EL SEGUNDO GRAN SORTEO PARA LOS SUSCRITORES ES MUY FACIL QUE TE TOQUE PREMIO

Para entrar en el **Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores** (Primer premio: un «auto» Citroen; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926. Más detalles en este mismo número.



muy satisfecho de ellos, porque se habían puesto de su lado, haciendo caer en sus manos al jefe de la tribu invasora. Este desgraciado jefe hallábase ahora prisionero de sus enemigos.

Los tres compañeros no explicaron, por supuesto, que su parte en la batalla había sido casual, y como los de aquella tribu tenían un aspecto feroz dieron gracias a Dios en su interior de que Kaandi creyese que venían con intención de ayudarles a ganar la victoria. Cuando los indios se dispusieron a volver a su campamento, el jefe se empeñó en que Dick, Dan y Darkie fueran con ellos para ser los huéspedes de honor en un gran festín y baile que iban a celebrar con motivo de la victoria.

Dick dijo en voz baja a sus compañeros:

—Si rehusamos aceptar, se disgustará, y si se disgusta corremos el peligro de tener que ir a su campamento del mismo modo que van esos prisioneros.

—Todo por la paz y la tranquilidad —replicó Darkie—. Además, yo nunca digo que no a un banquete.

Emprendieron todos la marcha y tardaron dos horas en llegar a la aldea del río, que se componía solamente de dos cabañas grandes hechas con troncos de árboles y con el techo de guano. En aquellas dos cabañas vivían todos los habitantes de la aldea. La fiesta comenzó inmediatamente después del regreso de los guerreros. Todos miraban a Dick, Dan y Darkie recelosamente, hasta que Kaandi les explicó el motivo de traerlos al pueblo.

Al terminar la fiesta levantóse súbitamente el jefe, y con voz de trueno dictó unas cuantas órdenes. En respuesta a ellas aparecieron dos indígenas llevando a un hombre blanco atado muy fuertemente.

Los tres camaradas levantaron los ojos sorprendidos, pues no contaban con la presencia de un prisionero blanco en aquella aldea. El prisionero estaba todo desgreñado y harapiento y les pareció que debía de ser inglés. Ilumináronse los ojos a la vista de los tres camaradas con una nueva esperanza. Darkie tuvo un impulso de ir inmediatamente a libertarlo; pero Dick le contuvo diciendo:

—Tenemos que ser muy prudentes.

Era indudable que la suerte del prisionero ya estaba decidida por el jefe, visto lo cual, Dick se apresuró a informar a Kaandi de que si hacían daño al hombre blanco, sobrevendría una gran desgracia a la tribu. Y pidió como recompensa por haber contribuido a la captura del jefe enemigo y a la victoria de Kaandi, la vida del prisionero.

El jefe reunió a los magnates de la tribu y al curandero para deliberar sobre la petición de Dick. Del concilio se obtuvo por resultado que dejarían en libertad al prisionero si Dick era lo suficientemente hábil para romperle las ligaduras, sólo con las manos, sin emplear arma alguna.

La estratagema.

Dick contrajo los labios. Esta decisión significaba una negativa, pues las ligaduras del prisionero estaban hechas con el tallo de una planta trepadora tropical que es tan fuerte como el acero, y que era imposible romperla con las manos.

—¡Diantre! Esto es muy serio —exclamó Darkie al oír de labios de Dick la decisión del jefe—. Será mejor que tome yo la cosa por mi cuenta.

Pero Kaandi, que no tenía la menor intención de soltar al prisionero, si podía evitarlo, se opuso a que na-

die más que Dick intentase romper las cuerdas.

—¡Está bien! —dijo Dick, obedeciendo a una repentina inspiración—. Romperé yo las ligaduras por un procedimiento de magia que sólo me es conocido a mí.

Kaandi se echó a reír, con una risa verdaderamente cruel. Entonces Dick sacó del bolsillo un cristal de aumento, levantólo en alto y empezó a pronunciar un discurso al sol. Hecho esto, se arrodilló junto al prisionero y murmuró por lo bajo:

—Aunque le queme un poco, no diga usted ni pío, porque de este ardid depende la vida de usted y las nuestras.

Y enfocó el cristal encima de una de las ligaduras, de modo que los rayos del sol se concentrasen sobre un punto de ellas.

Kaandi y sus guerreros se habían congregado alrededor mirando tranquilos e impávidos; pero cuando empezó a arder el tallo de aquella planta tan dura y a salir humo de él, todos retrocedieron dando gritos de espanto.

El tallo no tardó en romperse, y Dick lo quemó por otros dos sitios hasta que las ligaduras del prisionero se soltaron.

Completamente apabullados por este fuego mágico, que no conocían, los salvajes empezaron a dar aullidos de terror y a huir en todas direcciones.

Ahora tenemos que salir de aquí lo antes posible —dijo Dick, ayudando al prisionero a ponerse en pie y a sostenerse, pues el pobre hombre estaba completamente entumecido. Luego se volvió al desconcertado jefe y le dijo:

—Nosotros nos volvemos ahora para nuestro país. No trates de perseguirnos, porque si lo haces pondré en ejecución mi plan mágico y quemaré tu aldea como he quemado las ligaduras de este blanco.

Y los tres camaradas huyeron de allí con dirección al río, creyendo a cada momento sentir a los indígenas detrás de sí. En cuanto llegaron al bote, Dan se puso a reparar el motor, en tanto que Darkie saltaba a una de las canoas y hacía un agujero en el fondo para inutilizarla; luego fué haciendo lo mismo con otras cuantas hasta dejar inservibles media docena de ellas antes de que los indígenas llegaran. Dick, de pie en el bote, sostenía en alto el cristal de aumento. Los indígenas se detuvieron lanzando exclamaciones de terror; y para impresionarlos más, Dick prendió fuego a un trozo de papel. Esto ya fué el colmo para ellos, pues huyeron dando gritos de terror, y Dick, Dan y Darkie huyeron también, tan pronto como Dan puso en marcha el motor del bote.

Cuando ya estuvieron fuera de peligro, el prisionero rescatado dijoles que se llamaba John Denver y que había venido por aquellas regiones en busca de tesoros ocultos de los Incas.

—Me encontraba solo a un día de marcha del sitio donde yo me figuraba que estaban escondidos los tesoros cuando fui capturado por Kaandi, y los guías indígenas que yo llevaba debieron ser muertos o hechos prisioneros. Me han salvado ustedes la vida y quisiera hacer algo por demostrarles mi gratitud; pero lo único que se me ocurre es que vengan ustedes conmigo a la caza de ese tesoro y que repartamos entre todos lo que encontremos. ¿Qué les parece?

Los tres camaradas encontraron de perlas la proposición, y dos días después llegaban a las ruinas de un templo antiguo de los Incas, en el cual se hallaron un tesoro que les proporcionó gran cantidad de dinero.

¡¡HA TERMINADO!!

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI



(Continuación.)

Al principio todo parecía marchar a pedir de boca; pero cuando Miguel y Vicente habían adelantado un par de metros, la bóveda de su galería empezó a hundirse.

Apenas tuvieron el tiempo necesario para salir, cuando una avalancha de tierra se desplomó sobre aquel trozo de galería que les había costado un par de horas de trabajo.

—¡Mil bombas! —exclamó Vicente, salvándose como por milagro del peligro—. Si me retraso un poco me quedo empaquetado dentro del suelo. Tenemos el santo de espaldas, docto. Todo se conjura en contra nuestra.

—Mejor dicho, somos imprudentes —contestó el señor Bandi—. Debíamos haber previsto esta catástrofe.

—Os digo que no conseguiremos nada, doctor. El terreno este no tiene consistencia para un trabajo de esta índole.

—También en las minas se les hunden las bóvedas y, sin embargo, los mineros no se arredran por eso.

—¿Qué hacemos entonces?

—Apuntalar la bóvedas, entibarlas.

—¿Con qué?

—¿Acaso no tenemos los tablones de la balsa?

—Pero ¿y luego?

—¿Qué quieres decir?

—Que después nos hará falta la balsa para navegar.

—Iremos quitando los tablones, empezando por detrás. Tenemos bastante madera, Vicente. ¡Ea, amigos! ¡Seguid trabajando!

Durante la excavación de la primera parte de la galería, Roberto había desarmado la balsa y había reunido los tablones poniéndolos en lugar seguro.

Los tres pescadores transportaron los maderos, los colocaron atravesados en la bóveda y reanudaron el trabajo con nuevos bríos. Mientras Vicente y Miguel picaban, el doctor y Roberto iban colocando las traviesas para apuntalarla.

Como hacía falta bastante madera hubo necesidad de descomponer algunos de los barriles para utilizar las duelas.

Al cabo de una hora de trabajo se convenció Vicente de la gran eficacia del sistema empleado por los mineros de carbón. Las bóvedas no se hundían y permitían proseguir el trabajo con más prisa y seguridad.

Pasadas tres horas habían abierto tres metros más de galería sin que cayese del techo ni un puñado de tierra.

El cansancio obligó a nuestros exploradores a abandonar la tarea. Hacía más de veinte horas que no cerraban los ojos para dormir y ya no se podían tener de pie. En un espacio plano de la galería se recostaron y en seguida se quedaron dormidos.

¿Cuánto les duró aquel sueño? Ellos mismos no lo sabían.

Comieron algunos bocados de pan con una lata de atún en conserva y volvieron a la segunda galería, con la esperanza de poderla terminar y llegar al canal.

Iban a comenzar a picar, cuando un estruendo enorme se propagó al través de las capas del terreno.

Los cuatro exploradores se miraron uno a otro con terror.

—¿Otra vez el terremoto? —dijeron con voz angustiada.

—No, no —dijo Vicente—. Ese sonido me parece que es de otra naturaleza que el de un terremoto.

El señor Bandi, en vez de responder, se inclinó apoyando en tierra un oído y escuchaba atentamente. Dos, tres, hasta cuatro veces se repitió el mismo sonido con breves intermitencias.

—¡Amigos! —exclamó el doctor con acento alegre—. ¿No sabéis de dónde provienen esos lejanos estampidos?

—Anuncian una nueva sacudida, ¿no es verdad, señor? —dijo Roberto.

—¡No, amigos míos; son cañonazos!

—¡Cañonazos! —exclamaron con asombro los pescadores.

—Si —confirmó el doctor.

—¡Entonces estamos muy cerca del golfo! —dijo Vicente.

—Seguramente; y debemos estar precisamente debajo de las fortificaciones de la ciudad. ¿No habéis notado que esos ruidos provienen de arriba? Quizá ese hundimiento haya dejado alguna grieta que comunique con la superficie y por eso llegan los estampidos hasta nosotros.

—¡Por mil millones de merluzas y tiburones y demonios! —dijo Vicente—. Ya que sabemos que estamos tan cerca del golfo, pongámonos a trabajar en esta maldita galería hasta llegar al otro lado.

—Despacito, Vicente; no cometamos imprudencias; puede ocurrir algún nuevo desprendimiento y oçultarnos a todos.

—Estoy impaciente por salir de aquí.

—No tengo yo menos deseos que tú.

—¿Empezamos otra vez?

—Sí, pero vayamos despacio. ¿Cuántos metros hemos cavado?

—Seis, doctor.

—Ya hemos avanzado mucho.

—¿Y cuánto nos faltará aún? —preguntó Vicente.

—Podemos sondear el terreno. ¿No tenemos un palo largo entre los tablones de la balsa?

—Sí, doctor.

—Traedlo.

—Roberto salió de la galería abierta en la roca y volvió cargado con un palo penol de cinco metros de largo.

—Sacadle punta —dijo el doctor.

Vicente aguzó a hachazos una de sus puntas, y poco después los cuatro exploradores, uniendo sus esfuerzos, lo fueron clavando horizontalmente en la tierra, golpeando en el otro extremo para introducirlo lo más posible.

Aquel primer sondeo no dió ningún resultado, pues hallaron una resistencia invencible, debida quizá al tropiezo con alguna roca.

Renovaron la operación en un lugar más alto, pero siempre con el mismo resultado negativo.

—Vamos a tener que hacer una tercera galería —dijo el doctor, quedándose pensativo—. Este hundimiento ha sido muy considerable en extensión, y temo que tardemos mucho en atravesarlo.

—Abramos ésta y trabajemos con bríos —dijo Vicente—. No hay que olvidar que se nos acaban los viveres.

—¿Cuántos nos quedan?

—Para un día, nada más.

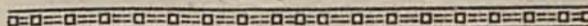
—¡Valiente noticia! Ea, no desesperemos, y confiemos en Dios.

Se engolfaron en su trabajo con encarnizamiento. Miguel y Vicente cavaban y el doctor y Roberto transportaban la tierra fuera de la galería y estaban las bóvedas para que no se hundieran.

Aquel trabajo duró dos horas; después los exploradores se encontraron ante una masa rocosa, que parecía ser de dimensiones extraordinarias.

—¡Esto es lo que yo temía! —dijo el doctor.

(Continuará en el número próximo.)



LOS SUSCRITORES DE PINOCHO

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En la galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASÍD

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¿Y por qué abandonaste tu oficio de guardia?

—Todo por causa tuya: siempre que me ocupó en algún oficio, tú lo suprimes. Hice de alguacil y tú me azotaste; he hecho de corredor de alhajas y ya ves lo que me ha sucedido.

El Califa se echó a reír. Cháfar se inclinó hacia él y le cuchicheó al oído:

—Has vuelto loco a este pobre diablo.

—Basta de charla, Cháfar —exclamó el Sultán.

Y, encarándose con Básim, le dijo:

—Es necesario que traigas a la mujer que te dió el brazaletes.

—Suéltame e iré a buscarla.

—¡Nada de bellaquerías! Tú quieres escaparte.

El Califa se puso a meditar qué treta imaginaria para tranquilizar a Básim; pero no la encontró. Momentos después llegó una mujer que gritaba.

—¡Yo me pongo bajo la protección del Profeta y a la ventura del Príncipe de los Creyentes!

—Haced venir a esta mujer —mandó el Califa—; veamos que es lo que quiere.

La llevaron; Básim la vió, la cogió por el cuello y gritó:

—Esta es la dueña del brazaletes, esta es, ¡oh, Príncipe de los Creyentes!

—¿Qué historia es ésta, mujer? —preguntó el Sultán.

—¡Señor! —contestó la recién llegada—. Dios no desea la injusticia y el derecho queda siempre por encima. Este hombre es vendedor por subasta y yo le di mi brazaletes; lo vendió y me entregó su precio. Hoy he oído decir que el brazaletes ha sido reconocido como robado y que el gobernador ha detenido al vendedor. He temido por él y no me ha parecido bien soportar con indiferencia que se le haga una injusticia. El es un hombre pobre: yo soy la dueña de la alhaja; la mandé hacer y la hice contrastar en casa del veedor del mercado de los orfebres, en presencia de muchos musulmanes distinguidos como las nobles personas que me escuchan. Conservo el recibo del contraste; aquí están el fiel contraste y el veedor del mercado, que pueden dar testimonio, para evitar el castigo de Dios, ya que el testimonio recae sobre nuestros descendientes. Tengo otros muchos testigos que darán fe de que el brazaletes es mío. Permitidme ver a la grulla que ha empezado esta mañana a atormentar a la gente; si ella prueba que el brazaletes es suyo o que lo ha visto siquiera alguna vez, yo quedaré por ladrona, y me obligo a pagarle doblado lo que reclame.

—Haced venir a la vieja —ordenó el Califa.

Se pusieron a buscarla por todos los rincones, sin que averiguaran dónde se había marchado. La causa de su ida era que el Califa, al ver llegar a la dueña del brazaletes, comprendió lo que iba a suceder e hizo señas al gobernador para que la sacara con secreto, a fin de que no se descubriera el enredo; se deslizó rápida por entre la gente y desapareció como un terrón de sal que se disuelve en el agua. En vano la buscaron por todas partes.

—Príncipe de los Creyentes —le dijeron—, la vieja ha desaparecido.

—Puesto que se ha marchado, no tiene ningún derecho a reclamar —dijo el Sultán—. No obstante, que venga el fiel contraste y el orfebre.

Estos dieron testimonio de que uno había trabajado y el otro había contrastado la alhaja y de que era una cosa bien adquirida, sobre cuya procedencia no podía haber duda alguna.

—Dadle la joya al comerciante —ordenó el Califa.

Aqué la tomó. La gente se marchó, haciendo votos por el Soberano. Básim quiso también marcharse, pero el Califa mandó conducirlo al calabozo.

—¿Qué queréis? —preguntó a los que le detuvieron.

—El Califa ha ordenado encerrarte en la prisión de los condenados a muerte.

—¿Me aprisionan sin razón? —gritó indignado Básim—. Esto es extraordinario. ¿Qué he hecho yo?

—¿Quién sabe? Esa no es cuenta nuestra —le replicaron.

Y arrastrándolo, metieronlo a empujones en la prisión y cerraron tras él la puerta con cerrojos. Allí quedó solo, triste y abatido, y, con su rabia impotente, gritó:

—¡Dios se levanta contra el que comete una injusticia!

Por lo que respecta al Califa, Cháfar, volviéndose hacia él, le dijo:

—¡Príncipe de los Creyentes, basta de injurias! ¿Qué ha hecho este pobre hombre para que lo aprisionen? Si te muestras benévolo con él dándole alguna cosa y otorgándole algún cargo después que ha sufrido la soledad, el hambre, la injusticia, tal vez cuando él mande aprisionar a otro, como conoce bien las tristezas de la cárcel, lo tratará con alguna consideración, enviándole comida y bebida y no dejándolo sumido en la oscuridad.

Cháfar calló y el Califa tampoco le dió respuesta.

Básim continuó en el mismo estado en la prisión del Califa. Llegó la noche, y como él había salido de su casa sin comer nada, sentía gran desfallecimiento. Su situación resultaba aún más penosa por falta de una luz. Entonces se puso a pensar en las horas felices pasadas en su casa todas las noches, divirtiéndose y cantando. Se entristeció sombríamente y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Si al menos conociese mi falta... —decía—. Todos los oficios en que me he ocupado los ha suprimido el Califa; y para fin y remate me ha aprisionado sin razón y no me da siquiera de comer. ¡Dios mío! ¡Tú das la razón! ¡Señor mío! ¡Cuántos hombres estarán en prisión injustamente!

Y empezó a dar palmadas, a golpear el suelo con los pies y a sollozar, de modo que casi perdió el conocimiento. De repente se abrió una de las paredes del calabozo y salió por ella una doncella gentil y hermosa, cuya belleza eclipsaba a la luna. Llevaba un vestido espléndido, que no podía tener semejante, y adornaba su cuello con un collar de perlas, cada una de las cuales valía un reino.

—¡Buen hombre! —le dijo—. ¿Qué tienes? ¿Estás loco? Has turbado mi sueño. Hace veinte años que yo estoy aquí, durante los cuales han entrado en este calabozo bastantes personas, unas veces pocas, otras muchas; pero a nadie he visto que haga lo que tú. Cuéntame tu historia y yo pondré en seguida fin a tus sufrimientos.

—¡Señora! —contestó Básim—. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes?

—Me llamo *Ommalqalaid* (madre de los collares), hija de un genio rebelde, cuyo nombre es Alcaid, hijo de Raad, hijo de Alhamad, hijo de Alcania, hijo de Zaazaa. Vivo de ordinario en este lugar y mando en sesenta tribus de genios. Dime, ¿qué te sucede?

—¡Señora! Soy víctima de la injusticia.

—¿Quién ha sido injusto contigo?

—El Califa.

Y le contó su historia hasta el momento de la prisión. Ella se echó a reír, diciéndole:

—¿Y nada más? Espera un momento a que yo vuelva.

(Continuará en el número próximo.)

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 ptas.), o un trimestre (5 ptas.)

BADICÁN Y CAN-BOGÚ

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Un rey del Oriente tuvo cuarenta hijos. Conforme iban haciéndose hombres los enviaba lejos, a otros países, para que aprendiesen a ser hombres resueltos y valientes. El último de sus hijos se llamó Badicán.

Badicán montó en su jaca para emprender el viaje. El padre le dio espada, arco y flechas. Además, puso a sus órdenes unos cuantos criados y un cofre lleno de dinero.

—¡Ten! —le dijo—. ¡Que Dios te ayude en el camino!

Badicán atravesó la tierra de punta a cabo. Luchó con la luz y con la tiniebla con monstruos y con demonios, con hombres y con fieras.

Pero llegó un día en que se le acabaron los criados y las monedas de oro. Iba andando, solo y pobre, cuando se vió frente a un edificio extraño. Un castillo más viejo que Matusalén, pero sin grietas ni desperfectos. Sus murallas, de piedra y de hierro, eran tan largas que se perdían de vista.

Como Badicán no vió un alma en él ni en los alrededores, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Adónde he venido a parar?

Iba llegando la noche cuando notó que alguien se aproximaba. Era un gigantesco hombre de acero.

—¡Por aquí huele a hombre! —exclamó—. ¿Quién es el que se me viene a las manos? ¿Dónde estás escondido? ¡Sal, o te hago trizas!

Badicán, comprendiendo que contra semejante energúmeno eran inútiles sus flechas y espada, salió de su escondite.

—¿Quién eres tú y cómo te atreves a venir a estos sitios? ¿No has oído nunca hablar de Can-Bogú?

—Ciertamente; por eso vengo. Yo soy Badicán. He recorrido toda la tierra; he luchado con serpientes y con demonios. Ahora quiero luchar contigo.

Can-Bogú le miró a la cara y estornudó. Badicán fué lanzado a cuarenta metros por el estornudo. El gigante, volviéndose a él, le dijo:

—Ven, Badicán; no tengas miedo. Tú eres también un valiente. Si quieres quedarte a mi servicio, quédate. Guarda tu espada, tu arco y tus flechas para cuando quieras cazar, porque para hacerme daño no sirven. Badicán aceptó y vivieron juntos amigablemente.

Un día, Can-Bogú le dijo a Badicán:

—Tú ves que para mí no hay muerte ni sufrimientos. Pero no sabes que tengo una gran pena en mi corazón. Existe una hija del rey de Oriente que no tiene compañera-bajo el sol. Siete veces he intentado robarla sin conseguir mi deseo. Si tú me la robas, aquí tienes todo lo que quieras: caballos, armas, tesoros. Todo es tuyo.

Badicán dió su palabra y se puso en camino. Cuando llegó al país de la preciosa damita, se vistió como los del país, aprendió la lengua, que se parecía bastante a la suya, y solicitó trabajo en casa de un jardinero que vivía junto al palacio real.

Las ventanas del cuarto de la hija del rey daban sobre este jardín. La preciosa damita observó que cuando Badicán se quedaba solo se ponía unos trajes muy bonitos, con los cuales tenía un aire distinguido y arrogante.

¡Tate, tate! La princesita se fué acostumbrando a ponerse a la ventana. ¡Tate, tate! La princesita veía en sueños a Badicán. Y... ¡Tate, tate!, a Badicán le pasaba lo mismo.

En fin, que la princesita le mandó un recado y que Badicán le contestó lo siguiente:

—Yo soy el hijo de un rey, he cumplido como buen caballero corriendo mundos, he oído hablar de vuestra belleza por todas partes y he querido convencerme. Por esto he venido, y al veros siento un cariño tan grande que estoy dispuesto a ser vuestro criado.

La ciudad en donde estaban era sumamente fuerte, rodeada de murallas y torres. Los hombres y las mujeres, corpulentos y valientes, se preparaban aquellos días al combate, porque Can-Bogú les había amenazado. Pero no por eso dejaban sus fiestas y diversio-

nes. La princesita le hizo saber a Badicán que ella iba a salir con sus amigas, que irían a pasar la tarde junto al mar y que, si era un hombre, fuese a donde ellas estaban y, en un vuelo, la sentase sobre su caballo.

Cuarenta damitas acompañaban a la hija del rey. Badicán llegó en su caballo más rápido que un gamo. Cogió a la princesita, la sentó en la grupa de su potro y voló materialmente como si fuese un águila. Todo el cortejo de la princesa quedó mudo, hecho piedra. Después, hombres y mujeres corrieron despavoridos hacia la ciudad a pedirle auxilio al rey.

El rey, los grandes y los humildes, todo el mundo acudió presuroso con su caballo. Todos salieron en su persecución. Pero Badicán era listo además de forzudo; ocultó detrás de una gran roca a la princesa y salió al encuentro de los que le perseguían. Lo que sucedió entonces parece cosa de cuentos. Uno tras otro, conforme iban llegando, caían hechos pedazos por su terrible espada. Un miedo tan grande fué acometiendo a los que venían detrás, que acabaron por volver las espaldas y refugiarse en la ciudad. Badicán hizo un montón con los trozos de hombres que había partido en cachos y volvió a buscar a la muy querida princesita. Le alargó la mano, la sentó en su caballo y con un espolazo y un brinco formidable de la hermosa bestia, se hallaron pronto a la orilla del mar. El caballo no se detuvo, nadó, y pronto llegaron a la otra orilla. Poco después divisaron en la lejanía el quiosco de Can-Bogú. La princesa dijo entonces:

—Badicán, dime qué significa todo esto. Llevamos mucho tiempo caminando sin que me digas una palabra. No sé todavía si me amas. Dime la verdad, por el amor de Dios. ¿Tú me robas para tí o para...?

—Has invocado el nombre de Dios, y no tengo más remedio que decirte la verdad. Yo te pondré en manos de Can-Bogú; se lo he prometido.

—Yo no seré de Can-Bogú ni en vida ni en muerte. Respecto a tí, no creas que han sido tu espada o tu destreza las que me trajeron a este lugar. ¡Pobres de nosotras las mujeres! ¡Somos esclavas de nuestros mismos corazones! Sólo por tí, sólo por tí he venido; si no lo crees, ahí está el mar y aquí están las rocas: haré compañía a los peces o serviré de

alimento a las aves de rapiña. Y después, cambiando de tono, afeó la conducta de Badicán, maldijo de los hombres duros de corazón y amigos del engaño y se dispuso a echarse al mar desde las rocas.

Una emoción vivísima traspasó el alma de Badicán. Unió sus manos a las de la princesa y juraron buscar un medio de escapar a las manos de Can-Bogú y casarse.

En aquel momento apareció Can-Bogú, el cual apretó las manos de su aliado en señal de agradecimiento y demostró de mil maneras a la princesita el júbilo de su corazón. Amablemente la invitó a entrar en el quiosco, y una vez dentro multiplicó las atenciones y delicadeza para conseguir que la joven perdiese la aversión que sentía por él y no pensase más en quitarse la vida.

—¿Te encuentras a gusto? ¿Cómo estás? ¿Qué deseo tienes, por imposible que sea?

—Estoy bien, me siento llena de vida. Mi salud es completa y tu eres todo para mí. Pero sabes una cosa: mis padres me han hecho jurar solemnemente que no me casaré hasta que trate a mi novio siete años seguidos. Si no cumplo mi juramento, ellos nos maldecirán; y su maldición caerá sobre nuestros hijos. ¿Aceptas tú tales condiciones?

—¡Acepto! —dijo Can-Bogú—. Nuestro noviazgo empieza hoy. Yo espero, no digo siete años, cuarenta si son precisos.

Esto fué lo pactado y convenido. Badicán, además, se quedaría a vivir con ellos, y el día de las bodas serviría de testigo.

Así fué pasando algún tiempo. Can-Bogú siguió haciendo la misma vida misteriosa que antes de los sucesos contados: salía vestido





de acero de pies a cabeza, montado en un caballo gigantesco todas las mañanas, y volvía con dineros, con joyas o con grandes animales matados por él en la selva. Badicán y la princesa se devanaban los sesos mientras tanto para ver cómo podían librarse de aquel hombre feroz y antipático.

—¿Por qué no le matamos? —decía ella.

—Porque no sirven mis flechas ni mi espada. Su carne es más dura que la piel del cocodrilo. Sería como tirar las flechas contra la muralla.

—Entonces, lo mejor será huir.

—¡Huir! ¿Tú sabes lo que corre el caballo de Can-Bogú?

—Pero si nos escapamos al poco tiempo de marcharse él, podemos llevar muchas leguas de ventaja, y además perderá mucho tiempo hasta conocer la dirección que hemos tomado.

—¡Inocente! Can-Bogú tiene más olfato que un ejército de perros perdigueros. Estoy seguro de que no perdería un momento dudando en si habíamos seguido esta o aquella dirección. El día que yo llegué a este castillo, su olfato le dijo que había un hombre escondido aquí. Y esto muchas leguas antes de acercarse. Desengánate, nos cogería, y entonces nadie nos libraba de los castigos más crueles.

En tales conversaciones y cálculos pasaban el tiempo la princesita y Badicán.

Un día estaba recostado Can-Bogú a los pies de su preciosa dama. El gigante le refería las luchas interesantes que había sostenido con hombres y con fieras; le hablaba también de sus dominios, de las muchas tierras que poseía. La princesa le hizo de pronto las siguientes preguntas:

—Y ¿cómo vives solo, sin ninguna compañía? ¿Cómo defiendes tu vida, expuesta a tantas flechas y a tantas lanzas y espadas como vienen contra ti? ¿Dónde tienes el alma escondida, que nada la hiere? Si no me respondes a esto, es que no me quieres; dímelo, para que no me haga más ilusiones en esta vida.

La princesa puso tanto calor en estas y otras palabras, que, conmovido, Can-Bogú le contó su secreto. Sus palabras fueron éstas:

—A siete jornadas de aquí hay una montaña blanca, donde vive un toro blanco y salvaje. Completamente feroz. No pueden aproximarse a su guarida ni a él la bestia más brava ni el hombre más valeroso.

»Cada siete días el toro siente sed, y para calmarla baja al pie de la montaña, donde hay una fuente de agua blanca como la leche. El chorro de la fuente cae en siete pilones de mármol blanco, y el buey bebe de un sólo trago el agua de los siete pilones. Este buey tiene dentro del vientre un zorro, en el vientre del zorro hay un cofre de nácar blanco, y en el cofre, siete gorriones. Estos siete gorriones son mi alma: son mis siete secretos y son toda mi fuerza.

»Ni el buey puede ser vencido, ni el zorro puede ser atrapado, ni el cofre puede ser abierto, ni hay mano que toque a los siete gorriones. Esto es lo que hace que yo sea invulnerable, invencible, inmortal. Si alguien consigue inatar al buey (cosa muy difícil), el zorro se escapa; si cogen al zorro (lo cual no es fácil), no se abre la caja, y si abren la caja, los gorriones saldrán volando.»

Esta fué la confesión de Can-Bogú. La princesa quedó al pronto pensativa, pero luego hizo como si lo hubiese olvidado. Sin embargo, a Badicán le contó el secreto de pe a pa y le dijo:

—«Si eres un hombre, cumple con tu deber; yo he cumplido ya con el mío».

Cuando pasaron algunos días pidió Badicán a Can-Bogú que le prestase su caballo de fuego y le permitiese alejarse durante un mes para visitar su país, que estaba muy lejos. Obtuvo el caballo y el permiso; Badicán se fué.

Lo primero que hizo fué dirigirse a los derviches, que son una especie de monjes mahometanos, sumamente sabios. Badicán quería

que con su gran experiencia le resolviesen algunas dudas o le contestasen a ciertas preguntas.

Veamos cuáles son:

—Cuando ni el hierro ni el fuego hacen merla o daño a un hombre, ¿de qué modo puede ser atacado?

Otra pregunta:

—Si no hay manera de coger con trampa a un animal, ¿cómo hacemos para vencerle?

Los derviches le respondieron:

—«El hombre puede ser vencido siempre por la mujer, y el animal por el vino».

Badicán se dió por contento con esta respuesta. Se alejó de los derviches y compró siete grandes pellejos de vino nuevo. Fué con la carga a la fuente blanca de la blanca montaña y llenó los siete pilones blancos. Después, habiendo desviado el cauce del agua, se escondió en una pequeña cueva que había cerca.

El buey blanco vino poco después a beber. Pero sintió el olor del vino, dió un salto como siete veces la altura de un álamo y se alejó mugiendo ferozmente. A la otra mañana volvió, pues la sed no le dejaba vivir. ¿Qué hacer, si no hay agua? La bestia se echó sedienta al pilón de vino y acabó como loca.

Al principio parecía que le habían puesto banderillas en el rabo. ¡Qué volteretas y respingos! Luego se desplomó sobre la tierra como un fardo.

En seguida salió Badicán de su escondrijo y le cortó la cabeza con el cuchillo que llevaba preparado.

Can-Bogú había salido de caza, y en el mismo instante en que fué cortada la cabeza del toro, sintió que la suya tenía como llamas dentro y que su cuerpo temblaba como el azogue.

¡Ay! —gritó desesperado—, el buey blanco ha sido degollado... Miá, lo sé, miá ha sido la culpa. Yo le conté a la hija del rey... ella se lo dijo todo a Badicán o a otro enamorado... ellos han matado al toro... yo voy a morir..., pero ella morirá también... Yo estoy perdido, pero ella pagará por ella y por los otros...

Furioso y hablando así, a frases entrecortadas, emprendió la carrera.

Badicán abrió el vientre al toro y se encontró con el zorro, que también estaba borracho. En seguida lo descuartizó.

Can-Bogú perdió el conocimiento y empezó a echar caños de sangre por la nariz.

Badicán metió la cajita en el charco de sangre que habían formado los cuerpos del toro y del zorro; en seguida se abrió la tapadera de nácar.

Can-Bogú echaba sangre por los oídos y por la boca. Tambaleándose y gritando se acercaba al quiosco donde estaba la princesa. Gritaba con tal furia que todo temblaba en la cercanía... El espanto se apoderó de la preciosa criatura. De verdad, era espantoso ver a Can-Bogú, tan grande, tambaleándose, arrojando sangre por toda la cara y con los ojos fuera de sus órbitas. Ojos que eran casi tan grandes como ventanas.

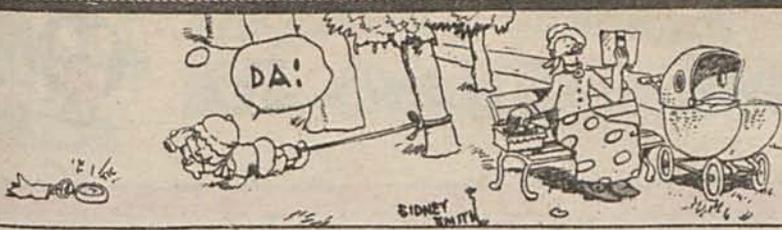
La princesa echó a correr y se subió a la azotea para poder arrojarle desde allí si Can-Bogú trataba de alcanzarla.

Badicán en aquel instante agarra los gorriones y los estrangula. En el mismo instante se doblan las dos rodillas de Can-Bogú, y la princesita ve caer al gigante como herido por un rayo.

Badicán había terminado su empresa. Montó en el caballo de fuego; fué a buscar a la princesita; se abrazaron, con la mayor alegría del mundo, y se casaron con la bendición de Dios.



Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véanse las condiciones en este mismo número.



DEL AGIO CARAMILLO Y FAMILIA



PAPÀ ¿ME DEJAS SALIR A JUGAR CON MI TRINEO?

NO SEÑOR; HOY ESTÁS CASTIGADO POR QUE AYER FUISTE MUY MALO



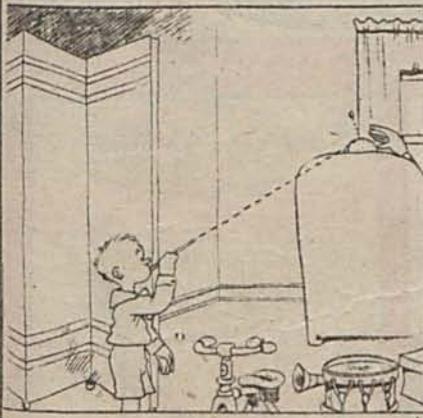
TODOS LOS CHICOS ESTÁN JUGANDO CON EL TRINEO ¿VERDAD QUE SI ME DEJAS, PAPÀ? ¿VERDAD QUE SI?

¡NO! ¡NO! ¡NO! Y COMO TE PONGAS PESADO NO TE DEJO SALIR HASTA QUE TENGAS MI EDAD.



¡YO QUIERO JUGAR! ¡YO QUIERO JUGAR! ¡YO QUIERO JUGAR!

¡PUES JUEGA CON TUS JUGUETES!



¡VIVAAAA...! ¡TA, TA, TA...! ¡TI, TI, TI...! ¡QUE PASA LA BANDERA! ¡VIVA! ¡VIVA!

ME PARECE QUE EMPIEZO A VOLVERME LOCO



OYE PAPÀ, ENSEÑAME A JUGAR AL PEÓN.

TRAE, Y A VER SI ME DEJAS EN PAZ.



¡AY! ¡SE ME ESCAPÒ!



¡PAF! ¡PAF! ¡PAF! ¡LOS BOMBEROS! ¡QUE VIENEN LOS BOMBEROS!



¡AY MI CABEZA!

¿QUÈ PASA AHORA?



PAPÀ, DAME UN CAMELO. YO QUIERO UN CAMELO. YO QUIERO UN CAMELO.

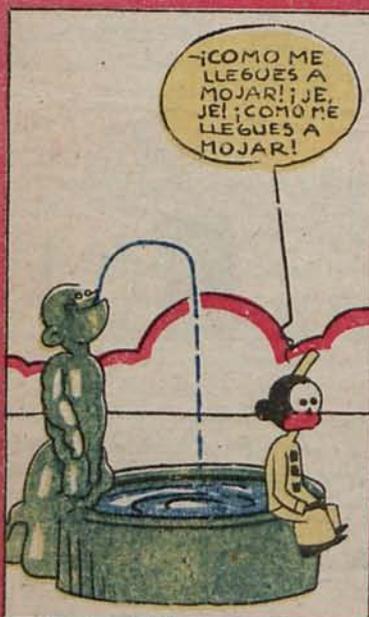


MIRA, MOMIN, TOMATE TRINEO Y VETE CON VIENTO FRESCO. AHORA TE TRAE RE EL BAUL Y NO VUELVAS HASTA QUE TENGAS MI EDAD ¿SABES?

¿ME DAS UN CAMELO, PAPÀ?



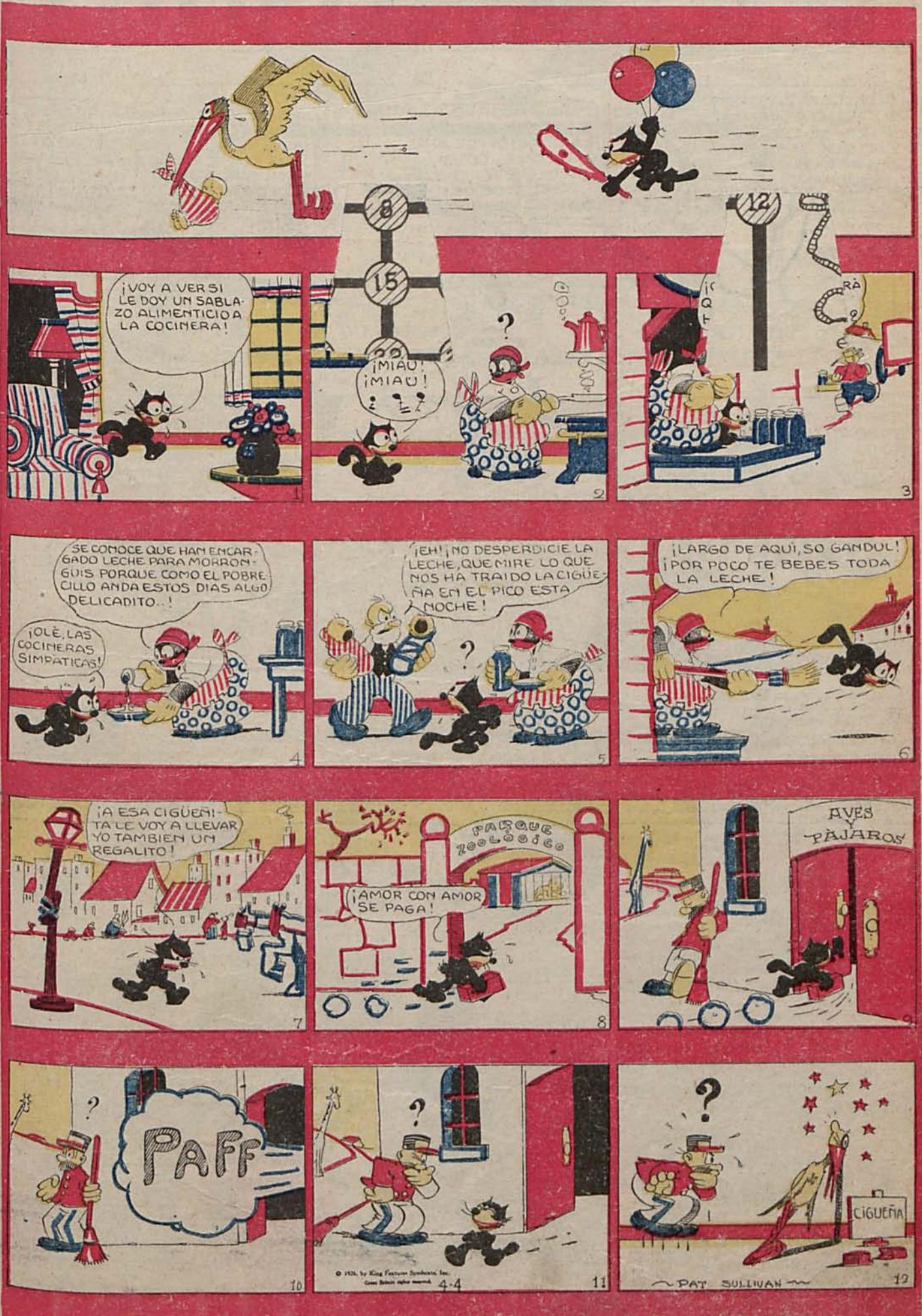
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



KITTO



DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



¡VOY A VER SI LE DOY UN SABLAZO ALIMENTICIO A LA COCINERA!

¡MIAU!
¡MIAU!

SE CONOCE QUE HAN ENCARGADO LECHE PARA MORRONGUIS PORQUE COMO EL POBRE CILLO ANDA ESTOS DIAS ALGO DELICADITO...!

¡OLÉ, LAS COCINERAS SIMPATICAS!

¡EH! NO DESPERDICIE LA LECHE, QUE MIRE LO QUE NOS HA TRAI DO LA CIGUEÑA EN EL PICO ESTA NOCHE!

¡LARGO DE AQUI, SO GANDUL!
¡POR POCO TE BEBES TODA LA LECHE!

¡A ESA CIGUEÑA LE VOY A LLEVAR YO TAMBIEN UN REGALITO!

¡AMOR CON AMOR SE PAGA!

PAFF

© 1936, by King Features Syndicate, Inc.
Cada número 4-4

PAT SULLIVAN

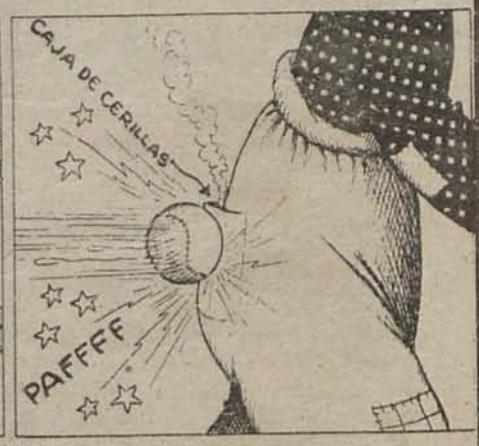
COLORÍN Y SU PANDILLA



GRAN PARTIDO DE BASE-BALL ENTRE Colorin Club y Tortolines Club

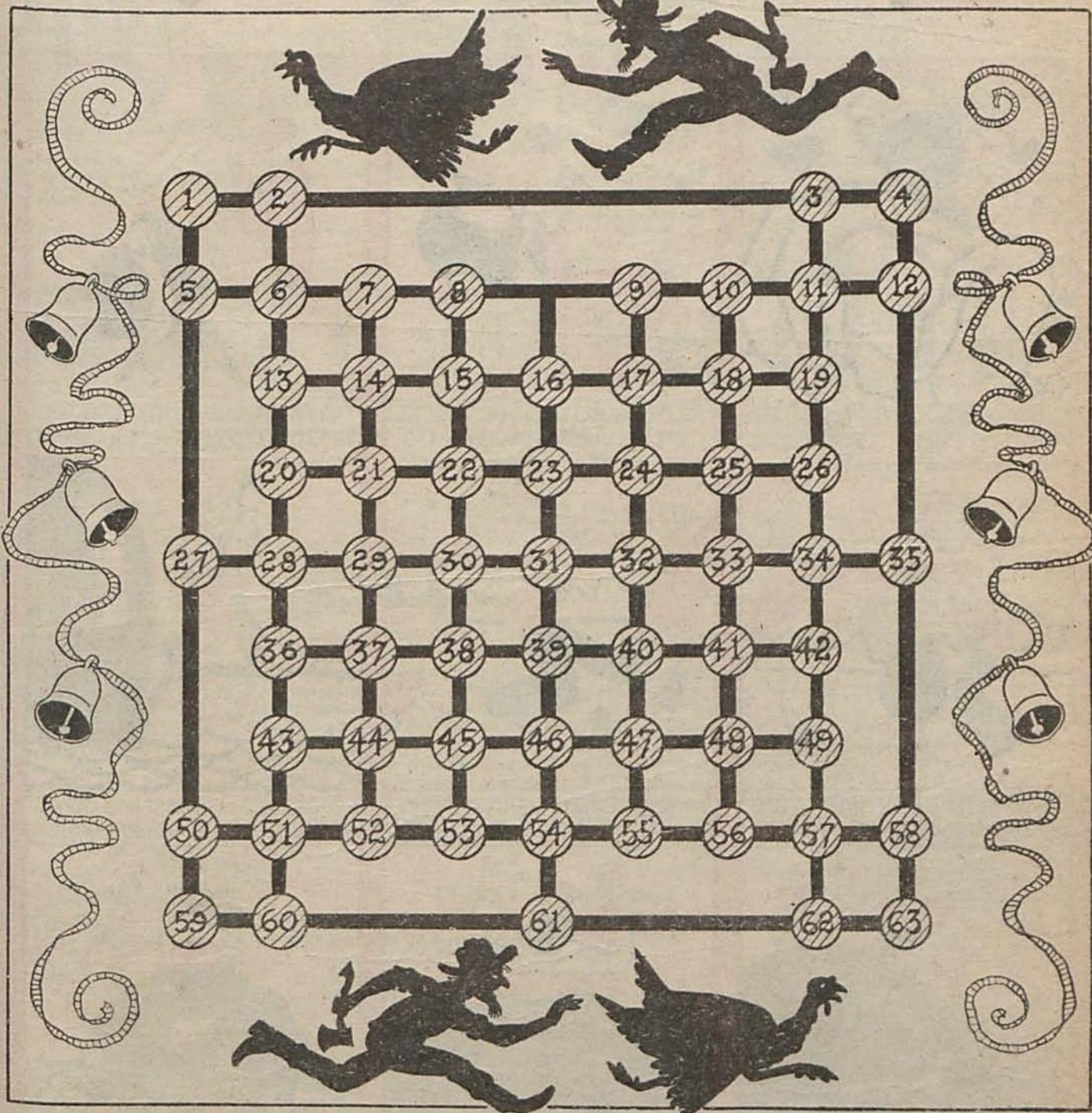
Colorin	4	5	3
Tortolines	5	4	3

Solo falta la ultima etapa del partido. Todo depende de Pacorro el delantero. Si corre bien, el partido será del Colorin Club... Pero Pacorro corre menos que una tortuga reumática.

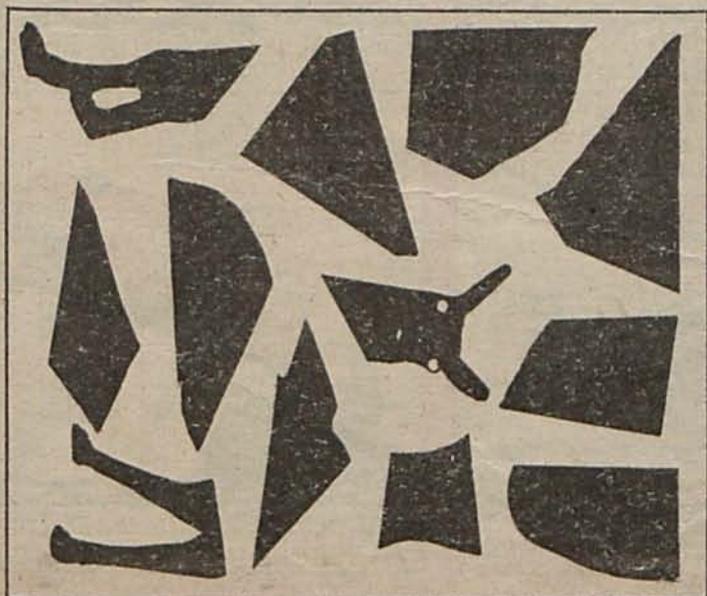


CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

LA MUERTE DEL PAVO



ROMPECABEZAS



Con estas piezas formar un animal habitante de los bosques.

Se aproximaba la fiesta de Navidad y el tío Quico se decidió a matar al pobre pavo. Pero el tío Quico no contó con la huésped, y ésta fué que el pavo, muy amigo de los pasatiempos, procuró retardar la hora de la muerte dando pequeños vuelos de redondel en redondel hasta que el tío Quico, cansado del juego, lo cogió y lo mató.

La solución consiste en averiguar en qué números se posó el pavo, teniendo en cuenta que los vuelos que dió fueron 24 y éstos siempre en ángulo recto partiendo del número 57 y terminando en el número 6, habiendo pasado por encima de todos los números.

CUPON DE SOLUCIONES DEL MES DE AGOSTO

ENVIO DEL PINOCHISTA

D.

calle de

núm.

Pueblo

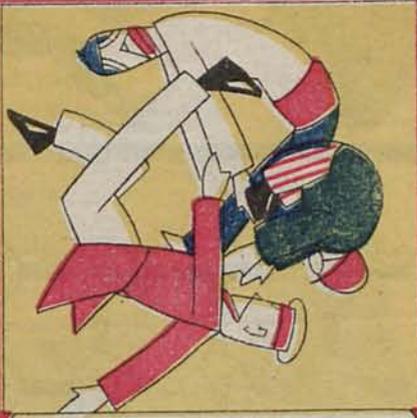
Provincia



TRISTÁN EL PILOTO



UN DIA LES SORPRENDIÒ UN VIOLENTISIMO TERREMOTO



A CONSECUENCIA DEL CUAL SE HICIERON UN VERDADERO LIO



PASADO EL TERREMOTO SE ENCONTRARON CON LAS CABEZAS CAMBIADAS



DESPUÉS DE PRUEBAS Y MÁS PRUEBAS PUSIERON LAS COSAS EN SU PUNTO



Y POR SI ACASO VOLVIA EL TERREMOTO PUSIERON PIES EN POLVOROSA



AL CABO DE UNOS DIAS SE HALLARON ANTE UNA RELUCIENTE Y NEGRA MONTAÑA



Y POR SI ESTA MONTAÑA ERA EL POLO DECIDIERON SUBIRSE A ELLA.



NOTANDO CON ASOMBRO QUE LA MOLE FLOTABA COMO UN BARCO.



PRONTO SE DIERON CUENTA DE QUE ESTABAN SOBRE UNA BALLENA



QUE, SORDA A LAS SÚPLICAS SE LOS LLEVABA PARA ALMORZARSELOS



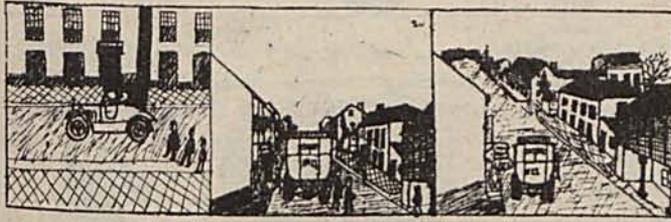
PERO CUANDO LA BALLENA ENTABABA SONRIENTE EN SU VIVIENDA



NUESTROS EXPEDICIONARIOS SE ESCURRIERON POR EL TEJADO.

COLABORACION PINOCHISTA

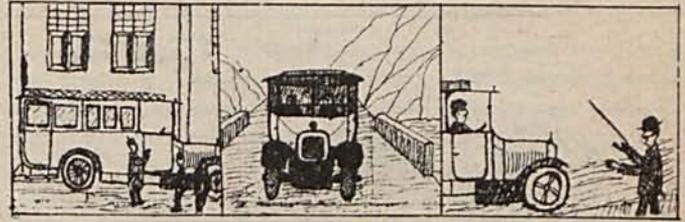
HISTORIETAS



Quando viene un automovil — aunque sea pequeño — allá, con su pandilla, va el golfo Palanquin.

Llegó un auto. Como de costumbre — se reunió una gran muchedumbre.

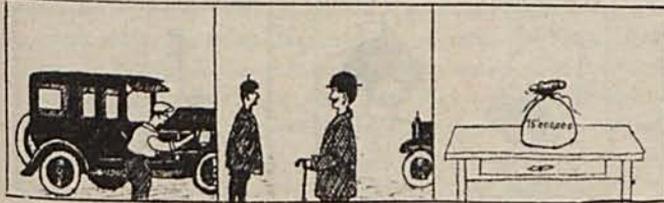
El auto estaba parado y la gente se había bajado.



Nos montamos y marchamos con él — dijo Palanquin a su troupe.

Palanquin iba de conductor — y un su amigo de conductor.

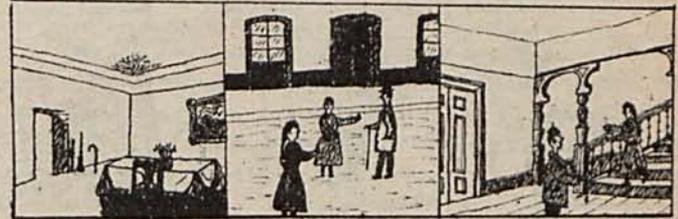
Encontraron un señor que se desesperaba — y pararon para ver qué pasaba.



Era que su coche roto estaba — y el conductor no lo arreglaba.

Si me lleva en su coche, mil duros le doy — pues cobro una herencia siempre que llegue hoy.

La herencia era portentosa — por eso pagaba cantidad tan caudalosa.



En su casa escobas y palos los esperaban — pero los golfos no llegaban.

Unos padres decían, otros murmuraban — que sin una paliza no se escapaban.

Cada uno de los cuatro, mil pesetas enseñó. Sus padres, satisfechísimos, corriendo los perdonó.

M. GARCÍA GERGE y R. ALVAREZ SALGUEIRO. — Órdenes (Coruña).

DIBUJOS

El pastorcito y sus ovejas.

(CUENTO)

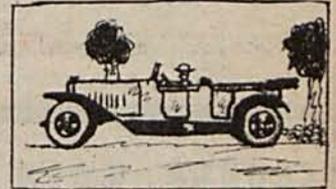
DIBUJOS



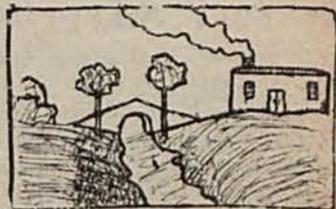
Mi muñeca.
CARMEN CAMINO.
Trece años.



Pinocho.
GABRIEL MONGE.
Nueve años. Madrid.



Mi auto.
CARLOS PITTALUGA.
Diez años. Madrid.



Paisaje.
FEDERICO DE LAS MORENAS.
Doce años. Almería.



Una niña.
RAFAEL MARTÍNEZ V.
Diez años.



Tipo americano.
ANTONIO ROGÉS.
Doce años. Barcelona.

Al cumplir Mariano los dos años, tuvo la inmensa desgracia de morirle su madre; su papá al poco tiempo se murió, y él era muy desgraciado, pues sus tíos, quienes le cogieron, le trataban muy mal.

Una vez iban él y sus ovejitas y vió a una pobre vieja, que le dijo: ¿por qué no me das un poco de pan? El niño le dijo: venga usted conmigo y comerá hoy; la viejecita así lo hizo, y al llegar a una Peña muy alta, merendaron. Cuando terminaron empezó una tormenta grandísima, y el niño se asustó. Al poco tiempo un joven se presentó, y dijo: iros de aquí, pues soy el príncipe de estos campos; el niño cogió a la pobre vieja y la bajó de una mano. Al día siguiente, una doncella muy bella se le presentó lo mismo que la vieja; ocurrió lo mismo, y así pasaron varios días. Cuando llegó la hora de que el niño hiciese su primera comunión, la viejecita se lo costeó, y aquel mismo día subió al cielo, pues aquella viejecita era la Santísima Virgen.

JAIME LOIS.
Nueve años. Madrid.

El rey y el campesino.

El rey Enrique IV, un día de caza, encontró a un campesino sentado al pie de un árbol al lado del camino.

—¿Qué haces aquí? —le dijo Enrique.

—Estoy aguardando para ver al rey.

—Si quieres subir a caballo detrás de mí te llevaré a un lugar donde podrás verle tanto como quieras —le dijo Enrique.

El campesino sube a caballo, y durante el camino pregunta:

—¿Cómo podré reconocer al rey?

—Te bastará mirar al que se quedará con su sombrero, mientras los otros se lo quitarán.

Enrique alcanza a los compañeros de caza, y todos le saludan, quitándose el sombrero.

—Y bien: ¿dónde está el rey? —dijo Enrique al campesino.

—A fe mía, señor, ha de ser usted o yo, pues somos solos en llevar el sombrero puesto.

LUIS PÉREZ GUILLOD.
Trece años. Madrid.



Pinocho.

P. B.



Curriñe.
PEPITA BALDOSANO.
Madrid.



Una casa.
M. BAILÓN.
Diez años. Melilla.

Avaricia castigada.

Había en un pueblo de Francia un avaro muy rico, el cual, por temor a que los ladrones le robaran su inmensa fortuna, decidió ponerla en un sitio más seguro que en su casa.

Con este fin se encaminó armado de una azada a un bosque cercano, y en el más escondido de él, y al pie de un árbol, hizo un hoyo y ocultó su tesoro.

No muy del todo confiado marchó a su casa, no sin antes poner una señal del sitio a donde había escondido el tesoro. Todos los días iba a ver su tesoro, encontrándole siempre intacto.

Sucedió en aquel mismo pueblo que había un pobre que no tenía un misero pedazo de pan, el cual, ya cansado de esta vida, pensó en el suicidio.

Con esta idea se fué al bosque, y fué casualmente a colgar la cuerda homicida en la encina donde estaba el tesoro; pero al ver la tierra removida, bagó por su mente una idea, y acto seguido escarvó la tierra y allí encontró el tesoro del avaro.

Quando vino el avaro a ver su dinero, fué tal la rabia, que se ahorcó con la cuerda que dejó el pobre.

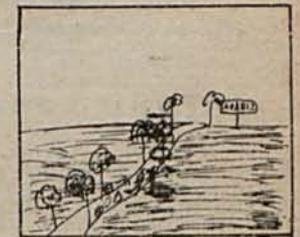
MIGUEL A. PAZ.
Doce años. Barcelona.



Mi abuelo.
M.ª TERESA VICTORIA DULCE.
Doce años. San Sebastián.



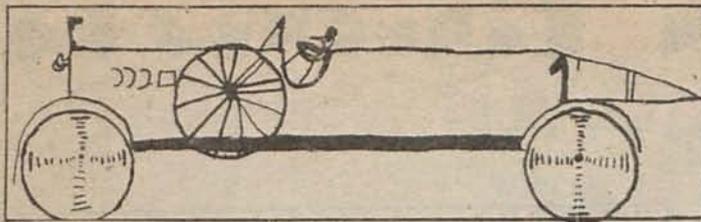
¡Viva China!
ANGELES MÉNDEZ PONTEVEDRA.
Nueve años.



Panorama.
JOSÉ GONZÁLEZ BENAVENTE.
Once años.



Jugando.
MANUEL TRUJILLANO.
Cinco años.

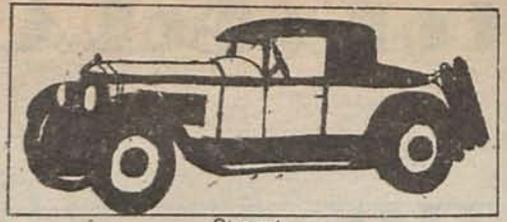


Un auto.

ADOLFO SÁNCHEZ.
Nueve años. Madrid.



Un perro.
FELIPE BUSTAMANTE.
OVIEDO.—Once años.



Otro auto.
CARLOS CAMPOS HERREROS.
Catorce años.



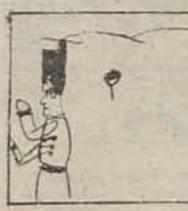
Bailando.
MANUEL VIDAL.
Catorce años. Avila.



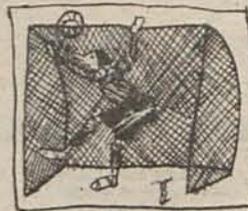
Pinocho.
P. B.
Once años.



De viaje.
EUGENIO LÓPEZ.
Seis años. Madrid.



Un cosaco.
C. BENÍTEZ.
Ocho años.



Pinocho.
LEONOR VELASCO.
Catorce años. Ceuta.



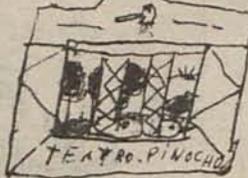
¿Lo conocía?
E. G. B.



Un auto.
JULIAN ORDEN.
Doce años.



Rocquero.
FELIPE MUÑOZ ARIAS.
Ocho años.



Teatro Pinocho.
C. RESTRICIONE.
Doce años. Barcelona.



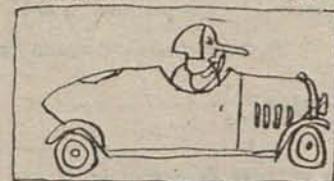
Currinche y D. Turu.
L. V.
Catorce años.



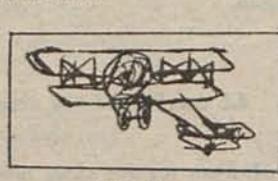
Mi barquita.
CARLOS GARCIA.
Trece años.



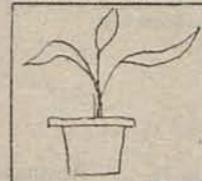
Un vapor.
JOSÉ ARCE.
Diez años. Madrid.



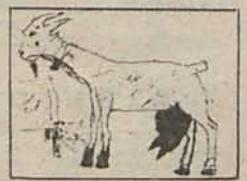
En auto.
JOSÉ VELASCO.



Un «Bis».
RAMÓN SAUDE.
Ocho años.



Una maceta.
BAQUÉ XIMÉNEZ.
Cinco años. Zaragoza.



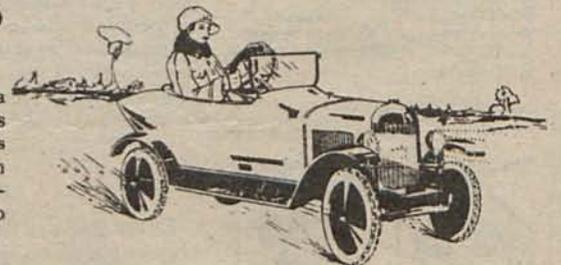
Una cabra.
JENIS ANTÓN.
Diez años. Madrid.

SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo auto es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de Paris, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este auto. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma, cadena de transmisión, etc., etc.

QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Junio.	Julio.	Agosto.
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. Concha de Grandes.—Si-güenza.	D. J. Luis Pacheco.—Briviesca.	D. Luis de la Vega Hazas.—San-tander.
Segundo. 15 ptas. en libros.	D. Jaime y Pilar Milans del Bosch. Málaga.	> Francisco Ibáñez y Pico.—Ma-drid.	> Jesús Villarreal.—Durango (Mé-jico).
Tercero. 10 ptas. en libros..	> Alfonso Ponte.—Madrid.	Srta. Pilar Aleu.—Madrid.	> José A. Basagoiti Noriega.—Madrid.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	Srta. Irene de Quesada.—Valencia.	D. Gerardo Larrea.—Llodio.	> Juan Miguel Albisu.—Irún.
Quinto. 3 ptas. en libros...	D. Mariano Guitián.—Madrid.	> José Igualada.—Málaga.	> Joaquín Méndez.—Iriga (Filipi-nas).

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Rafael Álvarez.
Madrid.—Premio 30 del Primer Gran Sorteo de Regalos a los Suscritores. Lote de libros.



Juan Delaporte.
Constantina (Argelia).—Premio 33 del Primer Gran Sorteo de Regalos a los Suscritores. Lote de libros.



Rosario Moretón.
Valladolid.—Premio segundo del Con-curso de Problemas del mes de febrero. 20 pesetas en libros.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- 1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sola-mente entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
 - 2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen ce-lebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
 - 3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del úl-timo recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el es-pacio que tengamos disponible.
 - 4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
 - 5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores *por un año*; otros, para

los suscritores *por un semestre*; otros, para los suscritores *por un trimestre*. Estos **rega-los especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momen-to de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Si la suscripción es por un trimestre

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

BOLETIN DE SUSCRICION A « PINOCHO »

El Pinochista D.

calle de núm. Pueblo

Provincia

, se suscribe a

PINOCHO por (1) $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$ cuyo importe de $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas (ó 12 pesetas)} \\ \text{cinco pesetas (ó 6 pesetas)} \end{array} \right\}$ remite a la Adminis-

tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 (3), en (4) También remite 1,50 pese-
tas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrese lo que no convenga.

(2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos suscripciones a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos cada número **semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año.....	23 pesetas.
Semestre.....	12 —
Trimestre.....	6 —

IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas in-dicaciones:

1.º Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.

2.º Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el nú-mero de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.

3.º Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 cénti-mos en sellos.



¡DON AMARO SE HA CONSTIPADO!

¡POBRE DON AMARO!

¡AAA.....CHIS!!

¡JESÚS, MARÍA Y JOSÉ! ¡POBRE DON AMARO!

¡JA, JA, JA!

¿PERO ESTE LUCIO POR QUÉ SE METERÁ DEBAJO DE LOS AUTOS?

DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO



¡VAYA COCHECITO DE SEGUINDA MANO QUE ME HE REGALADO!



¡BUENOS DÍAS DON AMARO!

¡PERO LUCIO! ¿DÓNDE VA USTED CON ESA CAFETERA RUSA?



¡QUÉ MEMORIA LA MIA! ¿PUES NO SE ME HA OLVIDADO ECHAR GASOLINA? ¡CLARO! ¡Y ASÍ COMO VA A ANDAR EL COCHE!



¡ARRIBA LAS MANOS!

¡Y BAJESE DEL COCHE EN SEGUIDA!



¡JA, JA, JA!

¡ESTO NO ANDA! ¡Y ESE TÍO SE RIE DE NOSOTROS!

¡LE VOY A TERNER QUE HAN CHARLAS MÁS PICES!



¿QUÉ LE PASA A USTED, DON AMARO?

NADA.... EL CARBURADOR QUE NO FUNCIONA..... ADEMÁS HAN VENIDO DOS LADRONES PARA VER SI HACIAN ANDAR EL COCHE... PERO COMO SI NO....



MENOS MAL QUE HA VENIDO USTED Y PODRÁ REMOLCAR MI COCHE.

SI... ESTA CAFETERA RUSA NO MARCHA DEL TODO MAL.



¡VAYA POR DIOS! ¡SE ME HA OLVIDADO ECHAR LA GASOLINA Y AHORA EL COCHE NO ANDA!

¡QUERIDOS PIMOCHISTAS! NO VAYAS A DECIRLE A LUCIO QUE AMI SE ME HA OLVIDADO TAMBIÉN!



¡LE DEBÍA DE DAR UN PUELTAZO EN LAS NARICES! ¡A QUIÉN SE LE OCURRE SACAR EL AUTO DE CASA SIN GASOLINA!

¡VOY A VER SI ENCUENTRO POR AQUÍ UN GARAGE!



NO HE ENCONTRADO NINGÚN GARAGE, PERO ESTE HOMBRE NOS REMOLCARÁ CON SU MULA.

SI SEÑOR, TOTAL LE VA A COSTAR DIEZ DURITOS.



EN CASTIGO A SU FALTA DE MEMORIA PAGARÁ USTED ESOS DIEZ DURITOS ¿SABE? Y FIJE SE EN MI. YO NO OLVIDO NADA.

COMO USTED QUIERA, PERO YO DARÍA CUALQUIER COSA POR TENER SU MEMORIA DON AMARO!



ECHE USTED CUATRO BIDONES DE GASOLINA.

¡LLENE EL DEPOSITO DE MI COCHE PERO CON DISIMULO ¿SABE? NO QUIERO QUE ESE SEÑOR SE ENTERE DE QUE HE OLVIDADO LA GASOLINA!



SECCIÓN PIRULA

CONSEJOS DE PIRULA

—
Contra el insomnio.—He aquí una molestia que yo no conozco por

experiencia, ya que todas las muñecas dormimos siempre perfectamente, aun las que, como yo, no cerramos nunca los ojos.

Pero hay muchas personas —entre ellas pocos niños, afortunadamente— a quienes les cuesta tiempo y esfuerzo lograr el sueño; por si algún Pinochista se hallase en este caso, os voy a dar algunas indicaciones para curar el insomnio o para remediarlo momentáneamente.

Es esencial para dormir bien hacer de día mucho ejercicio físico (marcha, deportes, juegos, etc...) y estar el mayor tiempo posible al aire libre. Y también es esencial cenar muy ligeramente; esto sobre todo en los niños bien educados, que son los que se acuestan temprano, inmediatamente después de la cena.

Por eso constituye un grave error la costumbre de merendar poco y luego cenar varios platos. Lo mejor para los niños es comer a eso de las cinco o las seis, o sea tres o cuatro horas después del almuerzo, y luego a las ocho tomar solamente un plato de sopa y un poco de pescado, o un huevo y una taza de leche, por ejemplo.

Si no, padeciendo insomnios habitualmente, os ocurre una noche el no poder conciliar el sueño —que es lo que alguna vez suele sucederles a los niños—, seguid este consejo que es *insuperable*: apagad la luz, cerrad los ojos y contad mentalmente, uno por uno, empezando por mil y yendo hacia atrás (1.000, 999, 998, 997, 996, 995, etc., etc.), con mucho cuidado de no interrumpiros ni equivocaros hasta... hasta que os quedéis dormidos, que será seguramente muy pronto.



Un fetiche.—Ya en otra ocasión os hablé de los fetiches o fetiques; por hoy me limitaré, pues, a presentaros un nuevo modelo.

Como veis, aunque es un negrito, no se parece nada al amigo Currinche, de lo cual se deduce que, contrariamente a lo que os suponíais, no todos los negros son iguales.

Realizaréis éste fácilmente con dos bolas de madera, una más gruesa que la otra, que pintaréis según indica el dibujo; estas bolas se unen entre sí y se unen a su vez a cuatro cuentas alargadas, por medio de un cordoncillo de seda roja o verde, que se remata



con un nudo en los extremos de las cuentas, o sea de los brazos y piernas.

En lo alto de la cabeza se deshila un poco el extremo del cordoncillo para formar un adorno.

Fácil de hacer, económico y simpático, lo es mi fetiche.

De sus virtudes mágicas no respondo. Sin embargo, me atrevería a jurar que si no dejáis nunca de llevarle, y siempre que lo lleváis os esforzáis en ser buenos, aplicados, bien educados, obedientes, etc..., etcétera..., este fetiche os reportará grandes e inmediatos beneficios.

Así me lo ha asegurado la bruja Kikiripota, en cuya sabiduría tengo plena confianza.



PIRULA, BORDADORA

Tanto he charlado hoy que apenas me queda sitio para presentaros este motivo, facilísimo de bordar, y que resultará precioso en varios tonos —por ejemplo, azul, amarillo, rojo y verde— en un sobre para la servilleta, en un pañito o adornando un delantal o un vestido veraniego de vuela de algodón blanca.